

Libros del Asteroide



Luis Berenguer

El mundo de Juan Lobón

Prólogo de Ignacio Peyró



Prólogo

Libros del Asteroide

Juan Lobón o la dignidad de los últimos

No iba a superar los cincuenta y cinco años de vida, pero tienta pensar que Luis Berenguer (Ferrol, 1923-San Fernando, 1979) se cobró en intensidad la longevidad que no tuvo: al fin y al cabo, fue padre de once hijos, ingeniero de Armas Navales y marino de estirpe de marinos con un último empleo como capitán de fragata. En una existencia así, parece que los libros deberían conformarse con ser un apéndice decorativo. Sin embargo, Berenguer no solo fue autor de media docena de novelas, varias premiadas y todas ambiciosas, sino que tuvo un estreno de tanta contundencia como *El mundo de Juan Lobón* (1967), cuya madurez pletórica tal vez se explica, en la medida en que estas cosas se dejan explicar, por un dato: el autor había escrito y destruido seis novelas antes de publicar esta primera.

A su ópera prima, en todo caso, le debe Berenguer la supervivencia —escuálida, pero supervivencia— literaria, con la ayuda de la adaptación televisiva del libro en los ochenta y su inclusión en el canon, ni muy concurrido ni muy considerado, de lo que podríamos llamar novelas de campo. Volver a editar el libro a sesenta años de su lanzamiento es, así, una repesca significativa. Permite situarlo como obra mayor en una narrativa de posguerra que ya se concedía audacias muy serias. Permite también volver los ojos a esa breve generación andaluza —Fernando Quiñones, Caballero Bonald, un Alfonso Grosso muy amigo

de Berenguer— que brilló como vanguardia. Y, notablemente, nos invita a conocer a un autor que pudo hacer muy poco por su suerte crítica, con un debut tardío y una muerte temprana, siempre en las periferias de la sociedad literaria. Una bondad particular de este rescate será, en todo caso, quebrar el discurso según el cual una novela de campo — más aún: una novela de caza — ha de ser a la fuerza casticista o, como mínimo, incompatible con las formas de la modernidad. Bueno: ahí está nuestro Berenguer, hombre de mar pero narrador del campo, lector de Faulkner y de Joyce cuando aún eran raras compañías. Ítem más: es una bonita manera de cuadrar la historia que, en el momento de publicarse de nuevo este *Lobón*, lo rural y sus hablas hayan vuelto, a saber por cuánto tiempo, a la moda de nuestra literatura, como analiza Ana Sofía Pérez-Bustamante, la gran especialista en Berenguer, en su edición de esta obra.

Deudor o continuador de un yo confesional hispánico que arranca en los pícaros y —justo antes de Luis Berenguer— hará una parada en Cela, el *Juan Lobón* tiene no poco de la libertad quijotesca y también un tanto de la *apologia pro vita sua* que es la *Vida* de Torres Villarroel. A Berenguer, en cualquier caso, hay que agradecerle que no se refiriera a *La vida* sino a *El mundo de Juan Lobón*, título este que nos lo arraiga a la vez que nos lo aleja: nos lo arraiga porque lo sitúa allá por la Baja Andalucía, en «las serranías del Aljibe, Bermeja y Ronda», en plena posguerra, y nos lo aleja porque quizá solo hayan pasado un par de generaciones, pero son muchos los mundos que median entre nuestro mundo y la libertad sin pecado original de Juan Lobón. Sí, mundo más que vida, porque Lobón no se explica sin un territorio físico, concreto, habitado por su mirada, fatigado por sus botas y contado en su voz.

El personaje está modelado según José Ruiz, un histórico furtivo de Alcalá de los Gazules, y Berenguer se servirá de un ardid que lleva funcionando desde el principio de los tiempos para dar credibilidad a lo narrado: el libro sería el testimonio excul-

patorio que, desde la cárcel, Lobón lega a su hijo para defenderse de una pena injusta. «Nadie sabrá las razones de Juan Lobón si yo no las cuento.» Y si bien la historia y la anécdota pertenecen, siempre con un pie en la tierra, a la ficción, el conflicto de fondo sobre el que se escribe la vida de Juan Lobón es bien real: el *Mezzogiorno* español, aquella Andalucía interior de la posguerra que «ramonea todavía en lo subdesarrollado», según la nota liminar de Luis Berenguer, y donde, según el verbo bravío de Juan Lobón, «la gente se moría de hambre a chorros». Una Andalucía que —según un experto como Víctor Márquez Reviriego— todavía iba a ser por unas décadas «ejército laboral de reserva, suministrador de materias primas (...), lugar de recreo para turistas y de exportación de obreros». En *El mundo de Juan Lobón*, el choque preciso es el de una legalidad que impone sus formas y acota los terrenos para delimitar las propiedades —y el acceso a la caza— contra una «ley antigua», según la cual «los bichos montunos son de todos y de nadie: del que los trinca» y «no hay castigo por matarlos». El lector puede imaginar que no faltan aquí banderías: por una parte, propietarios y terratenientes; por otra, alguien que —como Juan Lobón— entiende que la caza es un oficio y no puede aceptar a «los que se divierten con lo que es nuestra vida». Va de suyo que hay crítica, y acerba, a «todos los que van con la botella de agua al monte y no saben apartar un cagajón para beber de un charco». Guy H. Wood afirma que *El mundo de Juan Lobón* es una pugna «entre poseedores (latifundistas y aficionados a la caza) y poseídos (campesinos y guardias)». Pero en Berenguer hay la menor demagogia posible, como se ve en el papel ambivalente de unos guardeses de fincas y números de la Guardia Civil que por un lado han de velar por la ley y por otro no dejan de mantener con Lobón la solidaridad de la penuria común.

No es el conflicto social lo que le interesa contar o avivar a Berenguer en una novela que no es de tesis sino —digamos— de elegía. De adiós a una forma de vida que, contra lo que dice

Juan Lobón — «todavía no se ha acabado la casta de los cazadores, no lo ha querido Dios» —, va quedándose a extinguir. De evocación de una relación sin intermediarios entre la naturaleza y el hombre: «yo cuidé el vedado más que su dueño y más que todos los guardas juntos». De nostalgia, también, por la posibilidad real de un buen salvaje que no ha sido «descastado» por «la ley», pero que ya es fatalmente consciente de que «la justicia tiene la querencia del que más puede». Y de una lengua pegada a su terruño, aunque Berenguer, como dice en su prólogo, vaya a cuidarse mucho en su texto de los «tos» y los «nas». Hoy también, claro, *El mundo de Juan Lobón* nos sirve como pena o como memoria de una España que todavía no estaba tan vacía. Quizá, sin embargo, esta novela tenga ante todo algo de homenaje o testimonio a un tipo particular de hombres: aquellos con los que un mundo se acaba, sea el último hablante de la lengua dálmata o la última beguina del beguinado. Aquí, Juan Lobón sería el último furtivo. Y él mismo parece saberlo cuando, al tomar la pluma en la cárcel, nos da, involuntariamente, una de las mejores explicaciones a la pregunta interminable por el porqué de la literatura: «tan malo es esto que me he puesto a escribir».

IGNACIO PEYRÓ